

ARTÍCULOS

APUNTACIONES SOBRE EL DESPERTAR LITERARIO DE MENDOZA. ACOMPAÑADAS DE LA HISTORIA DE TRES TEXTOS

Arturo Andrés Roig
CRICYT. Mendoza

1. La expresión literaria y el periodismo

La ciudad de Mendoza fue fundada en tierras de huarpes en 1561 por conquistadores españoles provenientes de Chile. Fue chilena hasta 1776, es decir durante dos siglos y luego pasó a integrar el Virreinato del Río de la Plata, como una de las futuras provincias argentinas. En 1861, a tres siglos justos de su fundación, fue destruida totalmente por uno de los típicos terremotos de la cuenca del Pacífico. Fue un aislado rincón, separado de Santiago de Chile por el macizo más alto de la Cordillera de los Andes en toda su extensión, desde Alaska hasta Tierra del Fuego y de Buenos Aires, por los mil kilómetros de serranías y de pampas del interior argentino, a lo largo de la frontera con la población indígena, pampeana y patagónica. A comienzos del siglo XIX por obra de las Guerras de la Independencia le tocó jugar un papel continental por primera vez en su hasta entonces oscura historia. Mendocinos fueron muchos de los soldados que llegaron en Sudamérica hasta la ciudad de Riobamba, en el Ecuador y que estuvieron en 1824 en la batalla de Ayacucho que concluyó con la colonia española en el Continente. En 1884 llegó a Mendoza la primera locomotora desde la ciudad de Rosario, en las barrancas del río Paraná, hecho que significó la incorporación definitiva de Mendoza al litoral atlántico, aun cuando pocos años más tarde, en 1910, comenzara

a correr el primer tren entre Buenos Aires y Santiago de Chile, uniendo ambos océanos.

¿Cómo podríamos dibujar la vida literaria de una ciudad que se caracterizó durante siglos por la incomunicación? Lógicamente, la formación del Ejército de los Andes, en la primera década del siglo XIX y, a fines del mismo, el arribo del ferrocarril, han sido acontecimientos significativos. En efecto, en 1817 llegó la primera imprenta de cuyos tórculos salió en ese mismo año una "Proclama", hoja volante que es hasta la fecha, el impreso mendocino más antiguo. Lo que podríamos considerar como nuestro primer "incunable" fue escrito por un limeño, el general Toribio de Luzuriaga, integrante del grupo de oficiales de San Martín. Por su parte, la llegada del ferrocarril se produjo en momentos en los que se iniciaba una nueva etapa en la evolución de nuestro periodismo, la que coincidió, además, con el inicio de la inmigración europea que cambiaría la faz étnica y cultural de la vieja provincia hispano-indígena.

Asimismo, a comienzos del siglo XIX, concretamente, en 1820, apareció el primer periódico, *La Gaceta de Mendoza*, lamentablemente no reeditada hasta la fecha a pesar de haberse encontrado la colección completa y se abrió un proceso que, con altibajos imaginables, ha llegado hasta nuestros días. *La Gaceta* fue el inicio de lo que hemos catalogado como nuestro "periodismo primitivo", el que se extendió durante un par de décadas. En 1852 apareció *El Constitucional* con el que se inició una segunda época de nuestro periodismo. Esta hoja que salió durante treinta y dos años y concluyó inaugurando la periodicidad diaria, llenó culturalmente la segunda mitad del siglo XIX. No es extraño que su fin haya coincidido con el arribo del ferrocarril a Mendoza y podría decirse, mirando el periodismo que vino después, que *El Constitucional* representa el puente entre éste y aquel otro momento al que Juan Bautista Alberdi, en un folleto que publicó en Valparaíso en 1853, titulado *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina*, reproducido en nuestro *Constitucional*, caracterizó como el de un "periodismo bravo, que vestía de bota de potro y olía a charquicán".

El 90 abrió, agotada aquella etapa, una nueva época que maduró para la provincia andina en 1906 con la organización del llamado "periodismo de empresa", con un diario, *El Debate*, iniciado justamente con la crisis del 90. El diario *Los Andes*, fundado en 1882 y que ya ha pasado un siglo de vida, dio un importante impulso a ese "periodismo de empresa" y fue el primero en el país en incorporarse en 1919, a la "Prensa Asociada"

(Associated Press). Con ellos y otros muchos cuya historia sería larga de contar nació y se constituyó nuestro periodismo de provincia, que ha mostrado un estilo propio en la medida en que ha sido fiel reflejo de las necesidades y aspiraciones de los sectores "letrados" de una ciudad del interior.

Importante resulta señalar que este periodismo, por lo menos hasta las primeras décadas del actual siglo XX, mantuvo una hegemonía respecto de las otras formas de comunicación impresas, las que posiblemente por la escasa densidad cultural del medio no se desarrollaron con un mismo ritmo e impulso. Debido a esto podría hablarse de una dependencia de la producción literaria -pensamos en este momento en la literatura como creación- respecto del periodismo, la que imperó por mucho tiempo. Los escasos impresos conocidos anteriores a nuestras hojas periódicas, salieron en Lima, en Santiago de Chile, en Valparaíso, en Córdoba o en Buenos Aires y fueron por lo general folletos, o como se decía entonces, "cuadernos". Un impreso de este tipo fue también el escrito de Joaquín de Sosa y Lima sobre "El origen de los habitantes de América" que don Manuel Antonio Sáez tenía por libro. Los más de los textos quedaron manuscritos, como fueron las perdidas cartas de Antonia Monclá y Santander, nacida en 1727, "la más antigua de las literatas argentinas", según lo decía Juan María Gutiérrez en un estudio suyo al que tituló "Poetisas sudamericanas durante el régimen colonial" (*Revista de Buenos Aires*. Vol. XX, 1869); o los textos de los jesuitas cuyanos que forman parte de los expulsos en 1767.

Hasta ahora el primer libro mendocino conocido, impreso en Mendoza, es el que escribió José Lisandro Calle en 1830. Se trata de una *Memoria sobre los acontecimientos más notables de la Provincia de Mendoza en 1829 y 1830*, de 204 páginas y que fue editado en la imprenta de Educandos por Lancaster, la misma que sacaba el periódico *El Verdadero Amigo del País*, fundado y redactado en sus primeros números por Juan Crisóstomo Lafinur. Aquella misma imprenta editó, además, varios "catecismos", tal como se denominaba en la época a los manuales escolares, todos ellos hasta ahora perdidos. Un año antes de la publicación de la *Memoria* de Calle, en 1829, había salido impreso en Córdoba, el "cuaderno" de Sosa y Lima, del que nos ocuparemos con más detalle luego.

Según nuestra información, nuestro segundo libro, escrito por Tomás Godoy Cruz en 1839, titulado *Curso elemental de geografía moderna destinado para la instrucción de la juventud sudamericana*, de 138 pági-

nas, se imprimió fuera de Mendoza, en Valparaíso; luego, en 1845, apareció impreso por la Tipografía de Van Cisse, en Mendoza, lo que hasta ahora parece ser nuestro primer librito de poesía intimista, los *Ensayos líricos* de José Rudecindo Ponce, del que asimismo nos ocuparemos con algún detalle en estas apuntes. Desde ese texto tendríamos que saltar, según nuestras pesquisas, a unas *Lecciones de gramática castellana de don Joaquín Avendaño, arregladas y publicadas para el uso del Instituto Literario de Mendoza, por el Rector del mismo don Alfonso Bernal*, texto escolar que en 1853 llevaba ya tres ediciones. La tercera, que es la que hemos registrado, salió de las prensas de *El Constitucional*, en aquel año, con 144 páginas. En 1860, un catalán, Manuel Tristany, publicó en nuestra tierra, una inencontrable *Guta Estadística de la Provincia de Mendoza*, en la que se dedicaba parte de ella a nuestra historia.

Aun cuando no fuera impreso en Mendoza, deberemos mencionar, por su importancia para la cultura literaria y científica nuestra, el escrito de Juan Llerena, aparecido en 1867 y dado a la estampa en la Imprenta y Librería de Mayo, titulado *Cuadros descriptivos y estadísticos de las tres Provincias de Cuyo*, libro de 183 páginas. Pocos años después, ya en la década siguiente, en 1872, el diario *El Constitucional*, inició la publicación, en cuadernillos sueltos que posiblemente venían entre las páginas del diario y se vendían junto con él, nuestra primera novela *La noche del terremoto*, de Máximo Cubillos, del que asimismo nos ocuparemos luego. Dentro de la escasísima producción de libros que caracteriza a casi todo nuestro siglo XIX y cuyo volumen está lejos de haber sido estimado, no podemos olvidar otro texto editado en Chile, en 1873, *Límites y posesiones de la Provincia de Mendoza con una exposición del Derecho Provincial en cuestión de territorios nacionales* (125 p.), de don Manuel Antonio Sáez.

Tendremos que esperar hasta el año de 1883, a las puertas ya de una nueva época en la que indudablemente cambió la faz de nuestro siglo XIX, la aparición en las planas de una impresora mendocina, de otro libro de Sáez, que puede ser visto como una verdadera osadía tipográfica por su pesada erudición, las *Observaciones críticas al Código Civil* (454 p.), obra de la imprenta de "El Bazar Madrileño", establecimiento tipográfico de H. M. Villars, a quien asimismo pertenecía la tipografía "La perseverancia", tal como surge de la *Guta de Mendoza* de Flavio Pérez, de 1892. ¿Llegarán los libros y folletos aparecidos desde la llegada de la imprenta a Mendoza, en 1817, hasta la década de los 70, a un centenar? No pode-

mos saberlo y tal vez no lo sabremos nunca. No se ha de olvidar que el terremoto de 1861 fue de un poder tan intensamente destructivo que ha significado un corte cultural profundo en la historia de Mendoza, a lo que se ha de sumar el incurable desdén por nuestras cosas.

De esta escasísima enumeración de libros impresos en Mendoza en esos años o por escritores mendocinos en otras ciudades, no debe inferirse, por cierto, escasez de materiales impresos de otros orígenes. La época colonial se encuentra abundantemente registrada en las descripciones geográficas e históricas de los célebres cronistas de Indias que cubren ampliamente los siglos XVI al XVIII, a más de catecismos en lenguas indígenas u otros materiales de valor. Quien se ocupó primero en sistematizar todas estas fuentes y darlas a conocer en la parte pertinente a Mendoza, fue el infatigable y fecundo escritor nuestro don Juan Draghi Luce-ro. La época independiente cubrirá aquella carencia que señalábamos antes, precisamente, con el periodismo. Fue en las páginas de este tipo de medio que la literatura como creación, no ajena por lo común a la política, encontró su lugar específico a tal extremo de quedar condicionada por aquél. Importante resulta recordar que un libro de la importancia del *Facundo* salió como folletín en un diario santiaguino y que las cesuras que imponía su aparición como tal, son claramente perceptibles en la estructura del texto, tal como lo probó en su momento Paul Verdevoye. Conforme con lo que venimos diciendo, en las páginas de *La Gaceta*, nuestro primer periódico, no faltó el material poético. Se trata en particular de una letrilla, anticipo de la célebre *Confesión histórica en diálogo que hace el Quijote de Cuyo, Francisco Corro...*, texto este último que fue dado a conocer completo por Félix Weinberg, de Juan Gualberto Godoy, nuestro primer poeta conocido y el único mendocino que figuró en las páginas de *La América poética* (1846) de Juan María Gutiérrez. A *La Gaceta* siguió, dentro de aquel "periodismo primitivo" que cerró su ciclo alrededor del año 1830 como declamos, otras hojas que cumplieron funciones equivalentes y por momentos de más alto valor. Se trataba de un periodismo que, antes que se desataran las duras guerras civiles, alcanzó un notable nivel doctrinario, con nuestros ilustrados y que más tarde, ya en pleno auge del "periodismo bravo, calzado de bota de potro y con olor a charquicán", dio lugar a la aparición de *El Coracero* en cuyas páginas llenas de pasión, dio rienda suelta a su literatura de guerra aquel mismo Juan Gualberto Godoy de quien ya hemos hablado. A partir de 1852, con *El Constitucional* y numerosos otros periódicos, quedó incorporada de modo

variado toda la riqueza literaria del siglo, la que aún está esperando su rescate.

Por otra parte, aquel pobre cuadro que surge de la enumeración de nuestros escasos libros contrasta no sólo con la riqueza literaria de nuestras hojas periódicas, sino también con la existencia de repositorios de libros, sobre todo europeos, en las principales bibliotecas privadas de las familias propietarias y en algunas de las instituciones educativas de la época. Gracias a Draghi Lucero conocemos el catálogo completo de la Biblioteca del Colegio de Mendoza, de los jesuitas expulsos, como más tarde pudimos conocer, gracias a Antonio Pagés Larraya, la biblioteca privada de Tomás Godoy Cruz, a más de numerosas otras que nos ha hecho conocer Jorge Comadrán. Mundo perdido y aislado que no fue obstáculo para que en 1822 se fundara en él la tercera biblioteca pública de la actual República Argentina, la llamada originariamente "Biblioteca de Mendoza", que todavía existe y funciona y que adquirió, en el mismo año de su fundación, nada menos que los 300 volúmenes de la *Enciclopedia Francesa*, en la edición de Panckouke, con la que abrió sus anaqueles a los lectores.

En resumen, podría decirse que la literatura mendocina nació con el periodismo y que estuvo supeditada a este medio de expresión desde los albores del siglo XIX casi hasta las primeras décadas del actual. El folletín, texto que se insertaba en la parte inferior de las planas de los periódicos, no sobrepasó en Mendoza el año 1925. Sin embargo, puede afirmarse que ya en las décadas del 80 y del 90, a pesar de que la relación entre la literatura y el periodismo se mantenía en los términos que hemos señalado, hizo su presencia el libro, con lo que se dieron los primeros pasos hacia una nueva etapa para la creación literaria que le permitiría alcanzar, años más adelante, una autonomía que hasta entonces no había tenido, al independizarse de los condicionamientos y limitaciones que imponía la estrecha convivencia con la hoja periódica. Por lo demás, las sucesivas "hojas literarias", por lo general dominicales, que junto con el folletín enriquecían desde las últimas décadas del siglo el material de nuestros diarios, murieron sistemáticamente ahogadas o invadidas por los avisos comerciales, hecho no ajeno al impulso que iba tomando el "periodismo de empresa". La desaparición del folletín y la fragilidad de las "hojas literarias" fueron sin duda factores que afirmaron la necesidad de otras vías de expresión, fuera ya del periodismo.

A propósito de la experiencia del libro no se ha hecho todavía la historia de nuestras librerías, también de aparición tardía y cuya función fue llenada durante buena parte de los siglos XVIII y XIX por los abarrotados como fue el conocido caso del almacén de don Ramón Puch, catalán que fue además uno de los fundadores de la "Biblioteca de Mendoza" y de otros almaceneros, cuya labor como difusores del libro europeo ha sido olvidada. En las páginas de *El Iris Argentino*, periódico mendocino ilustrado, del 13 de febrero de 1827, salía el siguiente aviso: "Se venden algunos ejemplares de *La Legislación* de Bentham; el *Catecismo de Economía Política* de Say; *El Mensajero* de Londres; *El Museo Universal*; el *Código Penal Español*; *Los mártires* de Chateaubriand; Beccaria, *Delitos y Penas*; *Poetas* de Cienfuegos; *Sistema de la naturaleza*; *El Solitario* por el Vizconde de Arlincourt; *Origen de los cultos* de Dupuis; *Pablo y Virginia* de Bernardo de Saint-Pierre; *Alejo o la casita*; *Cartas turcas*; *Elena y Virginia*; *Mitología y Filosofía por amor*. Todas estas obras cualesquiera de ellas se venden a precios acomodados. El que guste contratar puede verlas en la tienda de don José Correas". No es extraño que en este aviso se ofrezca en venta el condenado escrito del Barón de Holbach, *Sistema de la naturaleza*, sin mencionar al autor. Asimismo estaban destinados para la venta a través de algún almacén, como podemos suponerlo, los cincuenta y cinco ejemplares del *Contrato Social* de Juan Jacobo Rousseau, hallados en el registro del secuestro de los bienes de Tomás Godoy Cruz dispuesto, en 1831, por Facundo Quiroga.

De acuerdo con las limitaciones y forma de desarrollo de nuestra literatura regional, los estudios sobre ella, es decir, los primeros intentos de historiarla fueron asimismo tardíos. Fue Julio Leonidas Aguirre quien hizo el primer intento en un trabajo suyo al que tituló "Ojeada retrospectiva. 1810-1910" y que apareció en *La Nación* de Buenos Aires, texto que había anticipado en su libro *Sociología criolla* (1909) y en el que según lo declara consideraba a la producción literaria mendocina desde un punto de vista "sociológico, moral y político". Y por cierto que el resultado —más allá de algunas injusticias con escritores de su época— no podía ser sino pesimista, en particular, si atendemos a las características de los modos de expresión de una literatura atada casi exclusivamente al diarismo y condenada al olvido de que es objeto ese tipo de material impreso. El pesimismo de los intelectuales mendocinos de la época, respecto de lo que era su provincia desde el punto de vista de su propia realidad cultural, fue algo compartido. Agustín Alvarez, en 1892, en su libro

South América, escrito en Mendoza, decía que "entre nosotros la historia contemporánea se vuelve historia antigua y olvidada, por más señas, apenas sucedida". El hecho era denunciado todavía en 1941. Uno de nuestros importantes novelistas, Alejandro Santa María Conill, decía en su novela *La ciudad de barro*, en aquel año, que "así como luego de un zonda pasan meses sin que se mueva una hoja, el más resonante suceso humano, bueno o malo, plausible o vitando, preocupa un par de horas, un par de días... Así, atentados, salteamientos, libros, conferencias, discursos, leyes, hombres de pro y de contra, todo, absolutamente todo, cae pronto e *in aeternum* en el gran pozo negro de la indiferencia y el olvido". Ciertamente que este hecho que denunciaba Santa María no sólo derivaba de las formas de comunicación de nuestra literatura, también tenía que ver con una denuncia que encontramos de continuo en nuestros escritores y que otro olvidado literato nuestro, Enrique Migliorelli, fallecido en 1923, en su novela *Los buitres* (1931) expresaba con su pregunta: "¿No ves, como un símbolo, el becerro de oro?". Eran ya plenamente los años del "periodismo de empresa" que si bien no vestía bota de potro ni olía a charquicán, calzaba ahora polainas, guantes y galerita, versión civilizada de aquellos primitivos atuendos. Así, pues, a la fragilidad de la hoja periódica, devorada por la cotidianidad, se sumaba un indiferentismo y un desprecio por lo propio y antes que esos ignorados escritos de los no menos ignorados escritores de provincia, estaban, para los que lesían, el libro europeo, primero, y luego, como una concesión, el de esa ciudad, Buenos Aires, que alguna vez había cobijado por lo menos a un Rubén Darío. El mismo Santa María Conill en otra novela suya, *El vuelo sumiso* (1927) nos presenta el siguiente diálogo: "-¿Y esto? -preguntó un joven tomando un libro que estaba sobre la silla. -Ah, apuntó el viejo- es un libro de autor mendocino. -Debe ser malo... -No solamente malo, sino que no interesa. -Es el defecto capital de casi toda esta gente: escribe sobre cuestiones que a nadie importan -comentó el joven arrojando el libro. El tomo, en rústica, hizo un gracioso pinino sobre la silla y luego se desplomó. Fue a caer dentro de una salivadera...".

Toda esta literatura atada al periodismo y en lucha por alcanzar un libro y su reconocimiento, fue fruto en estos años, por lo menos hasta la década de los 40 de este siglo, de un tipo de intelectual de clase media pobre, lleno de ilusiones y de coraje, en un medio sordo para sus inquietudes. Prolongaban de alguna manera el idealismo del 900, pero no como los señores de las letras, en el que la práctica literaria era un lujo agrega-

do a otro lujo, el de las mansiones, los viajes, las grandes bibliotecas privadas y el reconocimiento social. Se trataba de un proletariado de las letras que con grandes esfuerzos luchaba por salirse de los límites que el periodismo les imponía con su especificidad como medio de comunicación.

Una última cosa querríamos decir respecto de la importancia que el periodismo ha tenido y tiene para el conocimiento de la literatura tal como se ha desarrollado en ciudades del interior argentino. Cuando en los 60 intentamos reconstruir nuestro pasado intelectual, nos encontramos con que a pesar del esfuerzo inicial de Fernando Morales Guinazú con su *Historia de la cultura mendocina* (1943), de algunos catálogos y de los repositorios de libros nuestros en nuestras bibliotecas, por lo general de una pobreza extrema, se padecía de una penosa desinformación. Las causas de esta ignorancia y de la ausencia de libros en nuestras bibliotecas, ya las hemos comentado. Disponíamos, sin embargo, gracias a Juan Draghi Lucero, de parte del desconocido "periodismo primitivo". si bien lo que restaba de esa lejana etapa había que buscarlo en Santiago de Chile, en el "Fondo Toribio Medina", en Buenos Aires, en el "Museo Mitre" o en Río de Janeiro en la Biblioteca Nacional, en el "Fondo de don Pedro II", por mencionar algunos de los lugares claves. Disponíamos también en nuestra propia tierra, aun cuando muchas veces lastimosamente mutiladas, impresionantes colecciones de publicaciones periódicas de las etapas posteriores a las que hemos señalado, entre ellas, las que integran el fondo hemerográfico de la venerable Biblioteca "Gral. San Martín", la antigua Biblioteca de Mendoza, fundada, como dijimos, en 1822, por un grupo de beneméritos ciudadanos.

Ya hemos hablado de la caducidad de la hoja periódica, así como del hecho literario que se expresa en ella. Este fenómeno ya lo había observado agudamente Esteban Echeverría a propósito de la edición de su *Dogma socialista* en las páginas del periódico montevideano *El Iniciador*. Sus palabras son dignas de ser traídas a colación. "La forma de periódico que se dio -decía- a la primera edición de este escrito no era la más conveniente para que se difundiera con facilidad y eficacia; y éste es uno de los motivos que nos ha impulsado a reimprimirlo como libro. Tenemos mucha fe en las ideas, pero también creemos que su triunfo depende a menudo de los medios que se emplean para propagarlas. La prensa periódica no nos parece entre nosotros tan eficaz, como en otros países para la difusión de ideas, porque no puede ser analítica y explicativa, y supone en los

lectores alguna instrucción previa sobre las cuestiones que se ventilan; y porque un periódico se hojea un momento por curiosidad o pasatiempo, y luego se arroja: la prensa periódica poca utilidad ha producido en nuestro país. La prensa de doctrina, la prensa de verdadera educación popular, debe tomar la forma de libro para tener acceso en cada hogar, para atraer la atención a cada instante y ser realmente propagadora..." (*Obras Completas*. Buenos Aires, Zamora, 1951, p. 270). Estas notables palabras de Echeverría, en muchos aspectos de una realidad asombrosa, fueron enunciadas teniendo en cuenta la función normal del periodismo, en cuanto depósito de la palabra escrita. Otra cosa es, sin duda, la tarea que el investigador puede llevar adelante con ese volátil material, cuando el mismo pasa a integrar repositorios hemerográficos.

Frente a esos repositorios descubrimos que una cosa es la lectura diaria del periódico, sometida a aquella caducidad y fragilidad, y otra, la lectura de un diario tomado como colección, es decir, estudiado como totalidad de lo ya acaecido y en lo posible desde su nacimiento hasta su muerte. De esa pesada lectura, que supone el manejo de centenares de volúmenes, no sólo aparece orgánicamente la literatura contenida en sus páginas, sino que podemos captarla en relación con el momento de su producción. En este sentido, un cuento publicado en un diario se nos muestra espontáneamente con un entorno que no presenta el libro de cuentos. Una vida cotidiana reflejada en las cosas que llenan cada día y que las diversas partes del periódico ha dejado documentadas, desde su página roja, de crímenes, robos y castigos, hasta las luchas políticas, los reclamos sociales, los juegos populares o simplemente la presencia de costumbres ya perdidas. Pero sobre todo, en relación con lo que ahora nos interesa, estaban allí las noticias de nuestros olvidados hombres de letras, sus sociedades, sus actos literarios, la mención y hasta la reseña de sus libros. De esta manera, las colecciones de los diarios de una época muestran las huellas de los olvidados afanes de los no menos olvidados y hasta a veces desconocidos hombres y mujeres de letras, que fueron llevando los tiempos vividos en una ciudad empeñada en desconocerse a sí misma. A nuestro recordado amigo Américo Caff, incansable bibliógrafo y bibliómano, le debemos no sólo el apoyo generoso que nos prestó con sus invalorable colecciones, sino también la posibilidad de publicar los frutos de aquellas afanosas búsquedas.

2. Joaquín de Sosa y Lima (1774-1849) y sus doctrinas acerca del origen del hombre americano (1829)

La *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, en su tomo II, del año 1936, retranscribió una larga carta que el Dr. Manuel Antonio Sáez envió al director y fundador del diario *Los Andes*, D. Adolfo Calle, y que apareció publicada en ese medio de prensa, el 2 de octubre de 1884. Se quejaba Sáez del olvido en que habían caído, dentro de la tradición local, tantos nombres de ciudadanos beneméritos y, entre ellos, don Joaquín de Sosa y Lima, de quien decía: "Es el primer escritor mendocino que publicó en Chile un libro muy estimado de los hombres de letras, sobre el origen de los habitantes de América, del cual no hay en Mendoza un solo ejemplar". Agregaba que había sido compañero del destierro de don Isidro Sáenz de la Maza, español residente en Mendoza, "conocedor de los escritos de los enciclopedistas y partidario de alguno de los principios de la Revolución Francesa", -según nos lo cuenta el mismo Sáez-, que en ocasión de los hechos de mayo de 1810 si bien adoptó una posición americanista y llegó a afirmar que había llegado la hora "de no más gobierno europeo", no compartió, sino que desaprobó conjuntamente con Sosa y Lima los fusilamientos de Cabeza de Tigre (1810).

Sobre esta primera pista intentamos dar en Chile con el "libro" que menciona Sáez, para lo cual entramos en relación epistolar con el conocido historiador don Guillermo Feliú Cruz quien no dio con la obra buscada y únicamente nos pudo decir que, de haber salido de las prensas chilenas tendría que haber sido después de 1812, año en que se introdujo la imprenta allí (Véase Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Cuyo *Catálogo de Publicaciones* (1939-1960). Segunda parte, n° 4, p. 74). Pues bien, no sólo el dato del lugar de edición nos desorientó en la búsqueda, sino también el título que parecía mencionar Sáez. Tan es así que en nuestro escrito *Despertar literario de una provincia argentina* (Mendoza, D'Accurzio, 1963), caímos sin saberlo en el error de catalogar bajo dos nombres distintos una misma obra, ésta justamente de Sosa y Lima. Habíamos encontrado, revisando el inventario de un acta de secuestro de bienes pertenecientes a don Tomás Godoy Cruz, en el Archivo Histórico de Mendoza, un texto de Sosa y Lima, suegro justamente del citado Godoy, que era mencionado con el título de: *Carta de don Joaquín de Sosa y Lima al Presbítero don José Salusti*. Se trataba sin embargo exactamente

de la misma obra que Sáez nos presentaba como titulada, según se podía suponer, *Sobre el origen de los habitantes de América*.

Todo nos quedó aclarado cuando revisando las páginas de la *Revista de Buenos Aires* nos topamos con un artículo aparecido en el tomo V del año 1864, titulado "Origen de la población de América por Juan Ramón Muñoz". Este, fundador y primer director del diario mendocino *El Constitucional*, da cuenta a la "Sociedad de Amigos de la Ilustración de Valparaíso" de una notable carta escrita en 1829 por el modesto cuanto ilustrado escritor don Joaquín de Sosa y Lima, y dirigida al presbítero don José Salusti, residente en la ciudad de Córdoba, donde fue publicada en dicho año por cuenta de la Universidad. El Señor Sosa -según diciendo-, impulsado por las reiteradas instancias del presbítero Salusti, reasumió en una carta sus opiniones y estudios sobre el origen de la población de América, creyendo dejar probado que dicha "población trae su origen de la emigración de los judíos de las diez tribus israelitas en su cautividad de Asiria, por sus reyes Salmanasar y Teglatlalafar, en el año noveno del reinado de Ossés, rey de Israel". "Dejando de lado -dice más adelante- pues alguna de las opiniones emitidas por el Señor Sosa, a propósito de la predicación de los apóstoles y consiguiente aparición de Santo Tomás en varios puntos de América, me limito a llamar vuestra atención sobre la notable carta de este sabio y modesto literato que, escribiendo desde un rincón de la República Argentina, remontaba su espíritu hasta el examen de una de las arduas cuestiones de historia y de filosofía, acreditando conocimientos poco comunes en la época en que vivió y legándonos un documento digno de figurar hoy en las columnas de una Revista. Recomendando la reproducción de su carta -conclusa- al cabo de treinta años, creo rendir un merecido tributo a los talentos de su autor y un verdadero servicio a la literatura de América y a su historia que aún queda por escribir" (p. 141-145).

Más tarde, en nuestras búsquedas en la Universidad de la Plata, dimos, al fin con el buscado "Cuaderno" (folleto), cuyo título completo es el siguiente: *Carta de D.J. de Sosa y Lima, al Presbítero D. José Salusti. Memorias y apuntaciones sobre el origen de la población de América*, Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1829, 32 p. Posteriormente, en 1971, Guillermo Furlong publicó un artículo titulado "El origen del hombre americano según el mendocino Sosa y Lima", en el que declara haber consultado un ejemplar del raro folleto en la Biblioteca Nacional, en

Buenos Aires (Véase. *Homenaje a Carlos Massini Correas*, Mendoza, U.N.C., 1971, p. 65, nota).

¿Quién era el presbítero José Salusti? Pues, el secretario de la delegación que Roma envió al Río de la Plata y Chile, a efectos de restablecer las relaciones entre el papado y los nuevos países, recientemente independizados. Monseñor Anfbal Verdaguer, en su *Historia eclesiástica de Cuyo* ha transcripto la parte de las memorias escritas por Salusti, relativas a las provincias cuyanas, las que revelan en el viajero un espíritu altamente curioso y observador. El viaje a América era sin dudas un buen motivo para preguntar a los americanos sobre un largo tema que siempre despertó la curiosidad europea, el del origen de los primitivos habitantes. (Tomo I, cap. XXVIII, titulado "Viaje del Vicario Apostólico Mons. Juan Muzzi y su tránsito por Cuyo", p. 851-891). Y, por su parte, los americanos tenían una respuesta, largamente elaborada que respondía, justamente, de modo oportunísimo al momento en el que entonces se vivía. La afirmación de que los indígenas descendían de una de las tribus israelitas y de que inmediatamente luego de la crucifixión de Cristo nos visitaron los apóstoles Santo Tomás y San Bartolomé, eran temas de singular importancia dentro de la historiografía criolla naciente, que integró el pasado indígena como momento propio y cuyos inicios son ya claramente señalables a partir del siglo XVII. Lo primero, significaba la afirmación del monogenismo en cuanto que se ponía a Adán como origen de todo ser humano sin excepción y lo segundo, venía a subrayar algo así como una especie de "cristianismo" anterior a la llegada de los europeos, fácil de probar sobre la base de un esbozo de religiones comparadas, que permitía señalar dentro de las prácticas y el culto de los indígenas nada menos que la presencia, deformada, de los sacramentos. Estaban, además, los pies de los apóstoles grabados en bajo relieve en tantas rocas, a lo largo de todo el Continente, que no podía dudarse de aquellos visitantes milagrosos, cuya presencia podía probarse también en Mendoza, como el mismo Sosa y Lima lo afirma, refiriéndose a la conocida roca de Viluco, en el departamento de San Carlos (Véase Roberto Bárcena "La arqueología prehistórica del centro-oeste argentino". En: *Xama*, Mendoza, CRICYT, 189. p.15).

3. Los *Ensayos líricos* (1845) de José Rudecindo Ponce

José Rudecindo Ponce reeditó, en Mendoza, en la Imprenta de "El Siglo", unos *Ensayos líricos* que ya había dado a conocer, en parte, en 1845, en una edición mendocina hecha por José Van Cisse, impresor y periodista de larga trayectoria tanto en Mendoza, como en San Luis. La segunda edición, según se desprende de la fecha de alguno de los poemas, que son posteriores a 1845, fue evidentemente ampliada, como se desprende de un poema "A Laura", que es de 1847 y un canto "Al Veinticinco de Mayo", de 1849. Salió para Chile, exiliado, en 1840 y regresó, en 1845 posiblemente después de la muerte del general José Félix Aldao, a quien sucedió en el gobierno de Mendoza don Pedro Pascual Segura, quien permitió el regreso en masa de los emigrados unitarios radicados en Chile. Entre ellos regresó también Domingo Faustino Sarmiento. Se trata de poesías melancólicas, condicionadas, como el mismo poeta lo declara, por las añoranzas vividas en el exilio. "Salí el año 40 del pueblo de mi nacimiento arrastrado por esa corriente revolucionaria que conmovió a toda la República. ¿Qué era yo entonces? ¡Un niño! Pasé a Chile emigrado: allí las desgracias de la patria; las impresiones de joven; y más que todo el amor a lo bello, me hicieron producir palabras que creí versos. ¿Me he equivocado? Júzguelo el que las lea. Por lo que a mí toca, quiero a mis *Ensayos* porque son la expresión de mis placeres y mis dolores de entonces...".

No fue sin dudas nuestro José Rudecindo un exiliado del tipo de Sarmiento, de López o de un Alberdi, para quienes la ausencia de la patria fue un incentivo poderoso, un fuerte tónico que revitalizó sus ideales y su confianza en un futuro al que no renunciaron en ningún momento. Por el contrario nuestro poeta se sumerge en la nostalgia y la desesperación, tal como puede verse en los versos con los que cierra su breve libro de poemas, titulados "El extranjero":

"Qué maldición lleva en sí
Esa palabra "Extranjero"
Que la señala un letrado
De miseria y orfandad;

Parece planta maldita
Que todo el mundo la arroja

Rasgando a su vida la hoja
Que marcó la adversidad

Es cual noche de sepulcro,
Sin vida, sin esperanza
Sin que jamás su balanza
Se mire del suelo alzar;

Y en esa fría tristeza
Que da frutos de amargura
Es adonde brilla pura
La luz que alumbra a su altar.

Tiene su misión también
En la tierra que cumplir
Y es la misión de sufrir
El que la lleva, baldón.

¡Infeliz del que vagó
Humilde en tierra extranjera
Infeliz! que por doquiera
Hallará su maldición".

¿Cómo fueron sentidos y valorados los versos del poeta? Un comentario aparecido en las páginas de *El Constitucional* del 13 de marzo de 1875, a propósito de la segunda edición de los poemas nos permite responder a la pregunta, a la vez que aproximarnos a la crítica literaria de la época.

Es indudable que el crítico, que firma "X" se interesa muy poco o nada de los dolores del proscrito, en una época en la que todos aquellos padecimientos aparecían como lejanos y, según podemos suponer, sin una justificación histórica frente al proceso social y político en que vivía el país, fruto de aquellos exiliados que mencionamos en los que no tuvieron nunca cabida. De ahí la importancia que se le da a todo lo que podría ser considerado como "lírico" o "amatorio", sin connotaciones políticas. Y, por cierto, que el crítico hace gala de su "erudición", para decirnos, en verdad, bastante poco del poeta.

*"La República Argentina es fecunda en hombres de inspiración. Desde el campesino que entona su trova pastoril en la soledad del desierto, hasta el literato en regla, pasionista por la forma clásica y los preceptos didácticos de Horacio y Boileau, han vertido en el molde de la versificación, la expresión del ideal en la belleza. Y es porque la poesía habla en la naturaleza y nuestra historia. Tenemos también nuestra *Ilíada* fecunda en hechos heroicos, que el recuerdo tradicional ha conservado, inscritos en cada palmo de nuestro territorio. Desde 1810 hasta el presente, el pueblo ha sido autor y protagonista. El ha escrito su *Odisea*, o su peregrinación en busca de su derecho, con el lenguaje elocuente de la acción, en los campos de batalla, en los comicios; y empapando siempre en la tinta indeleble de su sangre, cada estrofa. Por eso nuestra historia ha modelado sus acentos, la musa inspirada de Rivera Indarte, de Mármol y de Echeverría. Esto en cuanto a poesía épica. Como poemas descriptivos, *La cautiva* y *El peregrino*, nada dejan que desear. La primera desenvuelve el panorama majestuoso de la pampa, embellecido con todos los encantos de un amor infortunado. La tela era inmensa. Sólo la imaginación de Echeverría podía decorarla. El segundo, como *Childe Harold*, la creación de Byron, zurca incansable la extensión de los mares con el recuerdo de la patria siempre presente. Tenemos, en fin, un género de poesía, que llamaremos subjetiva, pues que deriva de la conciencia, de su profunda inspiración. Es en esta en donde vienen a reflejarse, como en un espejo, todos los movimientos del alma, donde ella se alimenta. Los fenómenos psicológicos no son así del dominio exclusivo de la filosofía. El arte los estudia y Ricardo Gutiérrez poetiza.*

Entre tantas obras poéticas, he aquí otra: Ensayos líricos de D. José R. Ponce. La aparición de una obra nueva es entre nosotros un acontecimiento, particularmente cuando el acontecimiento se ha ajustado a la metrificacón del verso. Y esto se explica. Es preciso pelear la vida, paso a paso, según la enérgica expresión del Yankee y el movimiento vertiginoso de nuestro siglo absorbe el tiempo de la reflexión y el sentimiento. Y, además, la ilusión que alienta el sentimiento poético de los años juveniles pasa tan pronto que podríamos aplicarle la estrofa elegíaca de Malherbe:

*"Elle était de ce monde où les plus belles choses
ont le pire destin
Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses,
l'espace d'un matin"*

Y así, en efecto, el entusiasmo, las ilusiones de la vida no duran más que el espacio de una mañana. Son flores de un día; el mismo sol que las ve nacer, alumbra por la tarde sus despojos.

Sin embargo, el Sr. Ponce ha resistido al desencanto que hiela casi todos los corazones. Después de haber atravesado la cumbre helada de la vida, en que se agostan con frecuencia todas las ilusiones y, marchando ya en la falda descendiente, sus Ensayos líricos son como las reminiscencias de un mundo que pasó. Recorrámoslo, pues, juntos, que hallaremos en él bastante que admirar. Estrofas podríamos transcribir que igualarían la fluida versificación de Zorrilla:

*"Bello es gozar entre las tiernas flores
El sonreír de la aromada brisa;
Bello es también al corazón de amores
Sentir allí su plácida sonrisa"*

Las palabras se deslizan naturalmente, sin esfuerzo. Se diría que se suceden como las ondas transparentes de un lago acariciadas por un viento suave. Tenemos aquí realizado el precepto del Arte Poética de Boileau: "Ce que l'on conçoit bien s'exprime clairement...".

Podríamos multiplicar las transcripciones pero detengámonos en la última:

*"Ven siquiera, un instante siquiera,
Aquí en mi seno,
Junto a este corazón que tuyo, tuyo
Dice en cada latido
[...]"*

Hay aquí una armonía imitativa y donde el fisiólogo no veía más el sístole y el diástole de un órgano del cuerpo humano, el poeta reconoce el lenguaje que funde dos almas en una misma aspiración suprema.

*"Todo es según el color
Del cristal con que se mira"*

Diría Campoamor. Si fuéramos a transcribir todas las estrofas bien trazadas de los Ensayos líricos haríamos una nueva edición de la obra. No es ésta nuestra tarea. Lo anterior basta para reconocer que hay en ella composiciones que revelan a un poeta. Pero ¿y qué es un poeta? dirá alguno. A esto contestaré simplemente: un poeta es un hombre de corazón. Sentir lo bello en la naturaleza o en el arte, he ahí su misión. Idealizar la realidad de la vida, tal es su obra. El embellece con el colorido de su imaginación todos los horizontes de este mundo. Por la poesía la naturaleza física ha llegado a ser la revelación permanente del Infinito. Por ella nuestra vida se tiñe de los colores de la esperanza, pues quitando a la muerte el horror de lo desconocido, la realza con las perspectivas de la inmortalidad. Por la poesía, en fin, la mujer ha trepado al pedestal de la apoteosis. Tales son los títulos a nuestra admiración. Por lo demás, no es un juicio crítico lo que hemos querido bosquejar. Para comprender la belleza de una flor, no se la deshoja: se la mira. Así también para saborear de una estrofa, no se analiza, se lee. Leed, pues, los Ensayos líricos".

4. Máximo Cubillos (1843-?) y nuestra primera novela (1872)

Fue Cubillos un periodista chileno incorporado a la vida política y cultural de Mendoza de la segunda mitad del siglo XIX. Su nombre ha quedado incorporado a nuestra historia literaria por haber sido, hasta la fecha, el autor de nuestra primera novela, inspirada en la tragedia que destruyera nuestra ciudad la noche del 20 de marzo de 1861. La última colaboración periodística que conocemos de Cubillos es un comentario bibliográfico sobre el libro de un poeta olvidado, Pedro Nolasco Prendez, titulado *Siluetas de la Historia*, aparecida en las páginas del diario *Los Andes* el 17 de abril de 1887. Por este dato podría inferirse que Cubillos o vivía todavía entre nosotros, o había continuado relacionado con la prensa mendocina desde Chile. La mayor actividad intelectual de este escritor entre nosotros, según los datos que nos ofrece básicamente el diario *El Constitucional*, de Mendoza, pareciera corresponder, sin embargo, a la década del 70 del siglo XIX. Fue en el periódico citado en donde se anunció, justamente, la próxima aparición de su escrito *La noche del terremoto*, subtítulo como "novela" en el mismo aviso. Interesante resulta notar que del hecho que inspira la narración, habían pasado ya

once años, y es de suponer que a más de posibles recuerdos personales -no sabemos si Cubillos vivió la tragedia- su escrito se apoyaba en la fuerte tradición local sobre un acontecimiento del que aún a nosotros nos hablaban nuestras abuelas y nuestras madres. Según la información que da Fernando Morales Guñazú en su *Historia de la cultura mendocina* (Mendoza, Junta de Estudios Históricos, 1943. p. 365-366), al parecer allá por 1867 entró a formar parte de la redacción de *El Constitucional* y a desempeñarse, a la vez, como profesor de filosofía y literatura en el Colegio Nacional de Mendoza, en la época en que fue Rector don Manuel José Zapata. A fines de 1870 Cubillos aparece desempeñándose como Vicerrector del mismo Colegio, acompañando a Franklin Villanueva, que ejercía las funciones de Rector y el 28 de diciembre del mismo año *El Constitucional* transcribe un interesante "Discurso del Vicerrector del Colegio Nacional don Máximo Cubillos". Otras colaboraciones del mismo escritor hemos podido ubicar, todas ellas en las páginas de *El Constitucional* en aquel año de 1870: "Causas de las guerras civiles en las repúblicas sudamericanas" (10 de setiembre) y "Ventajas de la lectura" (27 de agosto) y, más tarde, en 1872 su artículo "El pensamiento y el telégrafo. Apoteosis" (30 de julio), escrito este último que en su momento nos pareció interesante dar a conocer, en particular por su estilo, ampuloso y retórico, dentro de un clima espiritual romántico victorhuguesco, que tal vez nos ayudaría a hacernos una idea de lo que podría ser la hasta ahora perdida novela. Demás está señalar que este breve escrito en el que se habla con grandilocuencia del "pensamiento" que "robusto, titánico, gigante" acababa de romper con sus cadenas a las que venía atado desde tantos siglos, fue escrito al mes siguiente de haber comenzado a salir "por entregas" *La noche del terremoto* (Véase *Versión de la gente de Cuyo*. Mendoza, Biblioteca San-Martín, n° 2, 1959. p. XI-XIII).

Para ayudar a quienes siguen buscando nuestro comienzo narrativo novelístico nos parece interesante subrayar algo que en su momento hicimos saber: que la novela en cuestión fue publicada "por entregas", es decir, que se trataba de fascículos o folletos, no sabemos cuántos, que al parecer se distribuyeron con las ediciones semanales de *El Constitucional*. No se lo debe, pues, buscar inserto en las páginas de ese periódico, sino como material bibliográfico autónomo. Lo que decimos ha quedado absolutamente confirmado por el conocido y erudito bibliófilo Antonio Zinny, quien en el siglo pasado recorrió las provincias argentinas recolectando materiales para el libro que luego publicaría y que tantos datos importan-

tes nos ofrece: el *Catálogo general razonado de las obras adquiridas en las Provincias Argentinas a las que se agregan muchas otras más o menos raras* (San Martín, Provincia de Buenos Aires, Escuelas de Artes y Oficios, 1887). En ese *Catálogo*, en la página 166 del mismo, se menciona el dato bibliográfico de las dos primeras entregas de *La noche del terremoto*. Algún día aparecerán, así lo esperamos, los desperdigados folletos.